

Dieciséis años con García Monge

Luis Ferrero

Contar en tono menor mis años con García Monge es tarea inmensa. Captar el espíritu creador de este maestro que trasmutaba valores líricos o sentimentales en auténticamente humanos, es reconocer que lo más intenso de su acción está en el eros pedagógico.

Conocí a don Joaquín cuando cursaba el tercer grado en la escuela Porfirio Brenes y mi maestra era doña Claudia Brenes Montero. Ella, preocupada, solía invitar a grandes personalidades para que hablaran con los niños. Un buen día llegó un señor regordete, con grandes ojos boyunos, mansos y cariñosos. A ratos picaros en la inocencia fingida de los personajes folclóricos que nos contaba, con sal de estilo, lleno de refranes, costarrriqueñismos y salidas irónicas. Ahora no comprendo por qué ese día demostré rebeldía: alzando mi voz dije que no me agradaba el cuento "El loquito", que el señor regordete nos contaba. Yo prefería más bien el cuento de "Los tres viejos". Y como una evocación firme y pertinaz, a través del sutilísimo hilo de la creación artística, pude llegar al hombre de carne y hueso. Llegué al sabio don Joaquín García Monge...

De ahí en adelante todo fue fácil entrega al purísimo placer de crear impresiones estéticas y humanas, definir valores y establecer categorías de manera personal y subjetiva. Realmente empecé a conocer y a amar a aquel personaje con figura sanchopanceca y con altísima calidad humana de Quijote: Me fui metiendo sin percatarme en un mundo humano que hoy, alejado del prurito "patrioteril" que obliga a dar una falsa imagen de la historia, se me viene a la memoria en mansas oleadas.

Pero, realmente puedo testificar que cuando conocí a García Monge fue cuando ya había descargado el lastre inútil y había encontrado la feliz correspondencia en una constante auscultación de la vida y en una natural simpatía con los fenómenos humanos. Fue cuando García Monge me llamó un día "perro fiel". Cuando así me llamó por primera vez me sentí herido mas me guardé el sentimiento que me corroía, que me carcomía, que me angustiaba. ¿Cómo era posible que don Joaquín me llamase "perro fiel"? Como decimos los ticos tenía "abejón en el buche" y don Joaquín lo notó poquísimo tiempo después. Entonces, él aprovechó la ocasión de una visita que le había hecho un joven locuaz. Este era un poeta en ciernes y decía cosas tremendas. Una vez que el poeta abandonó la oficina del "Repertorio Americano", don Joaquín dijo:

"Ese muchacho también es un perro fiel. Me recuerda al amigo que tuvo Goethe". Y empecé a explicarme las relaciones de Eckermann con el creador del Fausto y de las **Afinidades electivas**. Y con una clarísima voz, don Joaquín me explicó el sentido alegórico y simbólico de la expresión "perro fiel". Ya resuelto el problema, de nuevo a servirle en lo poquísimo que podía: a ratos amarrar paquetes del "Repertorio Americano", a ratos en mecanografía, o —lo más placentero— oírlo en sus conversaciones tan sabias como eruditas y sagaces.

Aunque alguna vez don Joaquín dijo que yo me había convertido en su mano derecha y que él habría salido ganancioso, confieso que quien ganó fui yo. Generoso don Joaquín ejercía su influencia en mí —mejor dicho su "fertilización" que es más cercano a su pensamiento—. Y la fertilización siempre indica predominio intelectual. Con libertad de expresión, tenazmente, don Joaquín me fue encauzando, me fue guiando y dando sentido de la vida, a la vez emotivo y racional. Y conciencia social de auténtico americano.

Y así durante casi 16 años, diariamente, sentí con García Monge la

experiencia estética y el desafío social, a la vez que llegaba a toda América; sentí hondamente la tragedia de las minorías étnicas; sentí el cívico denunciar; celebré los triunfos de la democracia. Comprendí la belleza moral y, en cuanto a sus posibilidades en las artes, con tal de que se la sujeta a la voluntad creadora, la interpreté como una nueva fórmula de creación artística, como categoría estética. En breve, don Joaquín diariamente iba constituyendo mi universidad. Y él comprendió su doble responsabilidad, la de crear y formar a un ser con deber humanitario que debe cumplir ya que vive en una sociedad, la cual —a su vez— debe proporcionar los dos elementos básicos de su existencia: libertad y belleza. Pero no libertad como fría abstracción o pálido símbolo de una realidad. Y en el disfrute de esta entera libertad, don Joaquín fue planteando problemas hondos, tan hondos como algo muy vital.

Recuerdo que uno de esos problemas fue plantear si Tierra fue antes que Patria. Para don Joaquín Patria significó un sentimiento profundo de arraigo al terruño. Pero, a medida que él ensanchaba el término Patria a todo el Continente americano, se reconcentraba más en lo que se llama Patria chica o de campanario. A manera de contrapeso buscaba el terruño natal para que no se diluyera el sentimiento de solidaridad humana. "La querencia es lo propio y la nostalgia cosa individual —leo en uno de los apuntes que conservo de las conversaciones con don Joaquín—. Esa querencia y nostalgia varían según el temperamento y las motivaciones personales o circunstanciales". Y me fue iluminando acerca de que el nacionalismo es un fenómeno colectivo. Es el hombre civil —el ciudadano y su expresión en el Estado— quien manifiesta la actitud social. Y, tal vez recordando aquello de Renán, decía: "La nación es una familia espiritual". Convivencia activa y dinámica y no coexistencia pasiva y estática. Y como fruto de sus enseñanzas de lo que es la Patria me fue incitando y fijando rumbos. Y ahora confieso que sin el repertorio de don Joaquín yo no habría podido investigar y escribir obras como "La escultura en Costa Rica", "Ensayistas costarricenses", "Costa Rica precolombina", "Andrés Bello en Costa Rica" y casi la totalidad de mis escritos. Ellos son pálido reflejo de cómo don Joaquín fijó en mí perspectiva histórica. De cómo —por ejemplo— las artes dan la tónica de una época y la expresan cabalmente. Y aquí recuerdo una de sus conversaciones en torno al ejemplo de artistas en la Costa Rica de principio del siglo XX. Salvo escasísimas excepciones los artistas se aislaban en un narcisismo negándose el reclamo de la vida, a la emoción histórica, pues sus obras obedecían a aquel precepto del arte por el arte. Esto hacían preferentemente los alumnos de Tomás Povedano. En su mayoría dichos estudiantes provenían de familias cafetaleras, sobre todo la parvada de jovencitas, y esta formaba una especie de casta brahmánica que se comunicaba entre sí únicamente, con desprecio a la multitud. Y como contraste, don Joaquín elogiaba a los jóvenes rebeldes de la década de los años treinta que se lanzaron a los caminos para explorar valerosamente, con riesgo y renunciamento, y abandonaron la academia o el humilde taller del imaginero. Y entonces don Joaquín me contaba que con estos jóvenes rebeldes surgía en Costa Rica una nueva sensibilidad: "Creo —me dijo don Joaquín— que una época no se define solo por la política o la economía. Son sus aspiraciones estéticas. Ahí están las rocas talladas por Juan Manuel, Zúñiga y Néstor. Ahí están los paisajes de Quico, Amighetti, Zúñiga, Fausto y Luisa González de Sáenz". Y con ello el sentía cumplirse su ideal de ir al pueblo para



Joaquín García Monge
caricatura de Hugo Díaz.

captarlo.

Y al recordar mis relaciones con don Joaquín siento de nuevo el cariño intenso con que él me distinguió. Hubo un día de llamarme: "Hijo lejano en la sangre pero cercano en el espíritu". Para comprometerme más en el amor hacia su vida y su obra, hay un hilo sutilísimo: la última carta que escribió don Joaquín fue para mí. Y en ella, presentía su muerte. En cosa de horas.

Y, para concluir, si convoco aquí a García Monge y memoro mis vínculos con él, se debe sobre todo a que los tiempos del mundo se van volviendo más violentos

e intolerables. Don Joaquín representa el espíritu abierto, la comprensión, el equilibrio y la serenidad. Ahora necesitamos urgentemente hombres guía como él que nos vuelvan a encarrilar en un orden más armonioso. Si antes él orientó y estimuló a la juventud creadora, ¿por qué sus palabras no han de hacerlo de nuevo ahora que los jóvenes no tienen insobornables guías espirituales? Su clara voz aún resuena fermentando ideas. Sigue mandando. Y lo digo no con el deslumbramiento excesivo del discípulo cuando habla de su maestro, sino con agradecimiento americano.

La última carta de García Monge

Pocas horas antes de morir, don Joaquín envió al escritor Luis Ferrero la siguiente carta. Es un documento humano invaluable porque el Benemérito de la Patria ya presentía su muerte y, generoso como fue en toda su vida, aún tenía arrestos para pensar en los demás. Documento tan humano se publicó por primera vez en la revista "Educación", Año 11, N° 4, noviembre de 1958, p. 71. De allí la tomanos para reproducirla hoy.

Ferrero:

Siento que me consumo. No veré mi "Moto" ni mi "Cuyeos y majafierros". Olvidemos la oferta de Trigueros de León. Haga gestiones aquí. Pronto, antes de que sea tarde. Anoche leí su "Literatura infantil". Me ocuparé de ella en Repertorio. Usted es demasiado bueno conmigo; es como la sal al pan. Estoy extrañado con las novelitas del Congreso. Yo nunca hice lo que hice para que me premien. Usted lo sabe muy bien. Me confunde todo. Soy terco, me voy a morir y usted no ha sacado mi "Moto". Perdón. Usted no tiene la culpa Ferrero, no venga hoy ni mañana. Yo le avisaré. Trataré de complacerlo con los juegos infantiles. Recójalos antes de que desaparezcan. Serán muy útiles. Aprovechélos como lo hizo Carlos Luis Sáenz. Siento un ligero dolor en mis vísceras y mis entrañas. No más. Quede sin preocupaciones. Cuente con el aprecio y las simpatías de su servidor y amigo.

J. García Monge